En esas estábamos cuando se apareció Verónica. Yo, que yacía casi desfalleciente, me reanimé al verla. Tantos años. Masa sanguinolenta. Tenía el pelo rubio y las pestañas postizas. Al menos eso creí ver, entre que la vista se me nublaba y perdía el sentido. Sólo el instinto de conservación me mantenía, y las ganas de decirle V-e-r-ó-n-i-c-a-i-m-p-o-s-i-b-l-e-s-e-m-e-h-a-c-e-o-l-v-i-d-a-r-t-e.

Los guardias, que habían dejado de golpearme, reían a carcajadas. Yo escuchaba el atropello de voces como si salieran del corazón de la tierra. A lo mejor ya estaba muerto, Probablemente todos estaban muertos. Intenté moverme, pero los huesos se me habían paralizado y nada en mi interior parecía responder. Verónica me vio con detenimiento. Yo quise creer que "con un aire de ternura y viejo amor". Ella pensó en una sensación parecida al asco.

—Este cuate está bien lorenzo —dijo uno de sus guardaespaldas– habla de un dueto y de no sé qué pendejadas.

—Según me dicen era algo así como el presidente de mis fans en esta ciudad —dijo Verónica arrojando un ramo de flores sobre mi cuerpo ensangrentado.

Efraín ya no la escuchaba, y apenas veía, entre las lágrimas y la sangre, una sombra moverse de un lado a otro, con una pequeña charola en la mano, cubriéndose un orificio de la nariz y aspirando con fuerza.

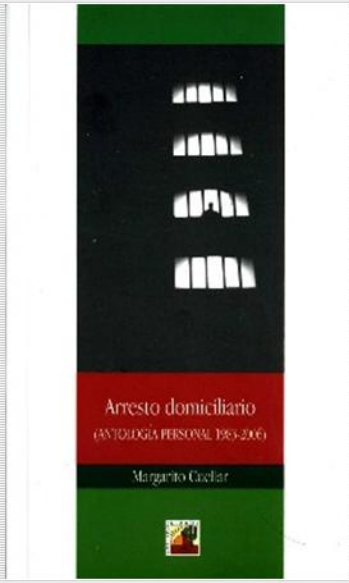
—I-m-p-o-s-i-b-l-e-s-e-m-e-h-a-c-e-o-l-v-i-d-a-r-t-e –alcancé a decir.

Verónica me vio con desprecio, con una credencial formó otras dos líneas delgadas, las aspiró y lanzó un escupitajo amarillo al piso.

—Sí que está pirado este animal —dijo— mientras un par de lágrimas le traicionaban la vida atravesándola de la cabeza a los pies.

Hay tierra colorada en los zapatos/ y las chicharras aturden el aire/ que baja de Aguazarca por el arroyo.// Junto a la casa de dos aguas/ dalias y manos de león,/ tulipanes, claveles, cempasúchil. Primaconsuelo/ falda popelina blanca/ ojos de agua de río ancho/ deja que el viento hable bien de sus piernas.

Para José Ángel Leyva, la poesía de Margarito se vuelve transparente y ágil, al tiempo que profunda en vuelo. Parecería que sugiero la imagen del colibrí, pero pienso más en el venado, atento a los sonidos de su entorno para sobrevivir y acumular imágenes veloces y en reposo de un mundo que se llama infancia.

Cuéllar en prosa: "La piel del tío Avelino es un trapo arrugado, cuero de iguana vieja en la sequía. Mientras cabalgas canta la comertuna. El cuerpo del venado cruza el fuste. Lo cazaron en la sierra. Dice tu padre, que viene atrás con la escopeta al hombro, 'escóndanse en los troncos y cuidadito con una viuda negra'. El cerro devuelve los disparos, cae la piedra en el agua. Cuando el eco se pierde se oye el tiro de gracia".

(Ricardo Yañez)